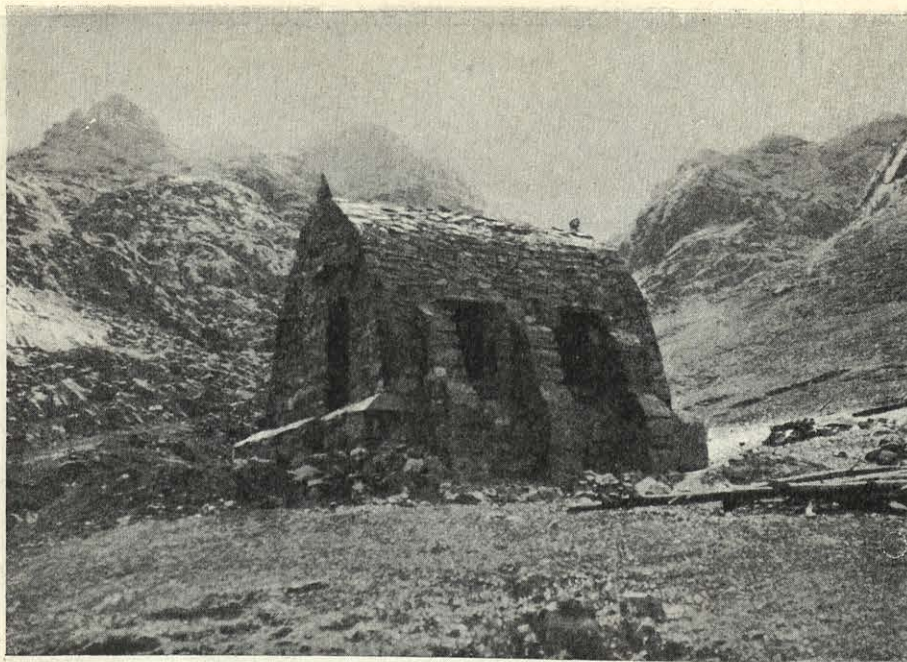




MACIZO DE PEÑA SANTA DE LOS PICOS DE EUROPA. REFUGIO DE VEGA-REDONDA.
Arquitecto: Julián Delgado.

ARQUITECTURA ~ NATURAL ~ DE ARTE MAYOR

La construcción está tan identificada con el paisaje que parece un trozo de él. El artista acusa en ella su gran e impresionante sensibilidad, y tal amor a su obra y a la montaña que llega a una cumbre de su arte y, con la humildad de sus medios, hasta el alto y augusto ritmo de las cosas de la Naturaleza.

ARQUITECTURA NATURAL

NADA existe en la Naturaleza que no sea bello; pero hay en ella trozos en los que aparece como una exaltación de sí misma y en donde concentra su expresión más apasionada. Así en los paisajes de alta montaña, donde los canchales, de formas fantásticas, se enredan en penachos de nubes; así donde las cumbres, en el hondo silencio de la nieve, se visten con los más encendidos colores y el viento silba entre los pinos su bárbara sinfonía; así cuando, en las grutas, el alabastro se escurre en húmedos maravillosos palacios de ensueño, o si el mar se quiebra contra las morenas rocas cuando las ciñe con la mantilla de blanca de su espuma.

En esos lugares yace la más alta emoción estética. Y esta emoción es *emoción de arquitectura*.

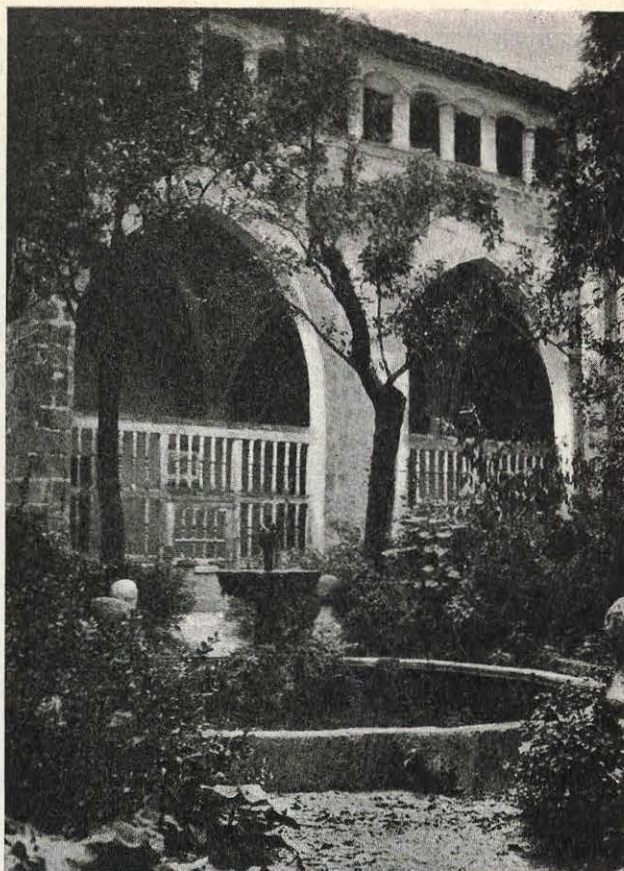
Es arquitectura natural, para el artista, la percepción armoniosa del Universo, en la cual hay como una creación arquitectónica. Creación, porque en la dilección la hay en cierto modo; y si elegir es crear, o mejor poner ante las cosas el cristal de nuestra idiosincrasia, pues que luego habrán de verse a nuestro través, para el arquitecto paisajista originalidad es obediencia y como un encuadrar de un gran poema dos o tres estrofas armoniosas.

En arquitectura natural hay arte mayor y arte menor. El arte mayor presenta a la Naturaleza tal como es, no la toca, no la envilece; el arquitecto, en este caso, no traza, únicamente muestra. El paisajista pintor sabe que colocar el marco es casi componer el cuadro, y para el paisajista arquitecto esto lo es por completo.



TARRAGONA. — EL JARDÍN DE LA CATEDRAL.

Fot. Colás.



SEGORBE. — JARDÍN DE LA CATEDRAL.

Fot. Colás.

Al situar un edificio ante la naturaleza libre, trazando en él los huecos que han de ser puntos de vista para quien su interior habite; al situar el belvedere en el punto culminante desde donde las perspectivas son más bellas, el arquitecto crea, eligiendo, esta arquitectura de arte mayor; y cuando, además, no la pervierte con postizos de artificial arquitectura débil, cuando sabe obedecer en la arquitectura humana indispensable el sentimiento natural del paisaje, entonces, artista, ha alcanzado una cumbre de belleza.

El arte menor en arquitectura natural se conoce también con otro nombre: Jardines.

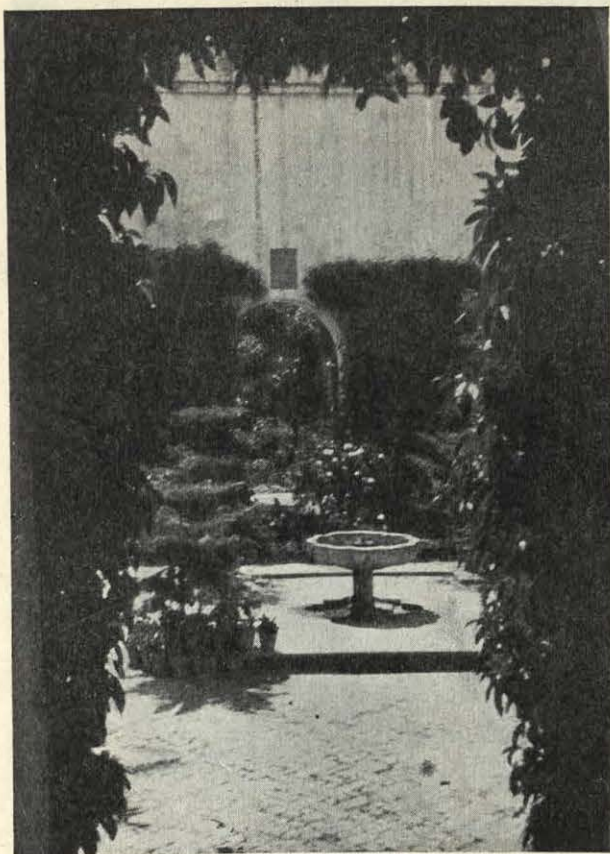
Es la arquitectura del jardín la más noble que humanamente pueda trazarse: es verdadera, es unida al ambiente, es viva y es bella. En el jardín se ordena, en humano equilibrio, lo que en el natural aparece divinamente desordenado, y en él, la Naturaleza se ofrece al hombre en graciosa amable sencillez.

En arquitectura natural de arte mayor no

habrá, generalmente, belleza, sino *suprabelleza*; he ahí *lo sublime*; en ella la arquitectura de roca es el poema heroico. Pero la belleza en sí, siendo siempre la misma en los objetos, varía en sus grados según el punto de vista de quien la contempla; y así, para los espíritus de altura, esta arquitectura de arte mayor puede ser *bella*; para quien no sea un alma cumbre, será *sublime*; para quien el natural es sublime, el jardín es bello; para quien el natural es bello, el jardín es *lo delicado*.

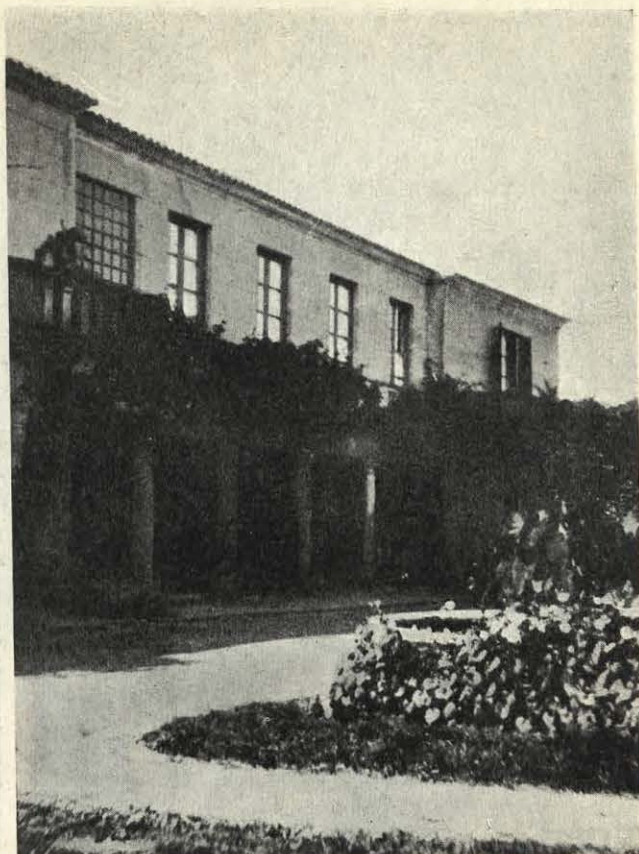
No debe nunca faltar en el jardín *la gracia* en la disposición. Esta gracia tiene su matiz: en el jardín inglés es *lujo*, acaso un pintoresco lujo; en el jardín germano es la busca de lo delicado en lo grande; en el francés es *ligereza*, el jardín francés sería la mediatinta de los jardines; en el jardín italiano esta gracia es *melancolía*, una suntuosa melancolía; en el de España es un *cuidado desorden*, el jardín de España es el claroscuro de los jardines.

Los jardines españoles, en regiones de climas



SEVILLA. — JARDINES DEL ALCÁZAR.

Fot. Colás.



PONTEVEDRA. — JARDÍN DE CAMPOLONGO.

Fot. Pardo.

tan varios, acusan también su variedad fuertemente, pero hay en ellos una honda identidad de gusto: ese algo romano, ese mucho mudéjar y muchísimo barroco que late dentro de la arquitectura hispana y que vive en todos nuestros jardines, desde aquellos que parecen semejar a Versalles hasta los que traen recuerdos persas o coincidencias indias. El jardín gallego en los pazos: suaves colores y una honda serenidad vigorosa; el jardín montañés y astur: marco verde de las viejas casonas; el castellano y leonés, sobrio y pardo: melancólico en los claustros o con gallarda prestancia en los palacios señores; el jardín catalán y levantino, jardín mediterráneo, en que la luz vibra con sin igual alegría; el jardín andaluz, donde el azul ciega y el perfume embriaga; el jardín extremeño, en que parece vivir el serio lujo rural de las antiguas casas coloniales... Todos muy caracterizados en sí, llevan ese sello que los hace unos en esa extraordinaria colección en la que tan variamente están ma-

tizados todos los sentimientos: el jardín galante a lo Aranjuez o La Granja, el monástico a lo Escorial; el que halaga a los sentidos con inefables armonías en el Generalife; el que en Montjuich atrae el avance gigantesco de la ciudad, o el que se recata escondido entre los pelados cerros de Brihuega; el que encuadran los arcos claustrales en Barcelona, en Segorbe, en Astorga, en Guadalupe; el que en Silos lanza hacia el cielo el dardo del surtidor brillante; el que Gaudí levanta en Barcelona, mirador único y maravilloso; el de la Abadía, delicadamente abandonado; el que en Tarragona es casi italiano por latino; el que en Cadahalso decora con su ruina gentil un rudo plateresco de granito; el que se deshace en Chamartín de la Rosa, o en la Moncloa se renueva en desmayado gesto romántico; el que en Córdoba perfila los naranjos sobre la arquitectura blanca; el que ríe en Sevilla, el que en Pontevedra se abraza a la arquitectura barroca...

Toda arquitectura es consecuencia de unas



ÉCUJA. — PATIO DEL MARQUÉS DE PEÑAFLOR.

Fot. Tienda.

condiciones climatológicas, y ésta lo es como ninguna; por eso es siempre verdadera y noble. Al humanizar el paisaje natural, el jardín es como su traducción, o como su exaltación; es la creación de un pequeño mundo con un caos de materiales dispersos que se agrupan respondiendo a una interior armonía. En esta emoción armónica que informa el alma del jardín, está toda la personalidad del artista

que lo traza; y así, es por ella por la que el jardín, a pesar de estar siempre formado por los mismos materiales, viejos como el mundo y nuevos como él, responde en perfil arquitectónico a la estética de su época y a la necesidad del momento. Hay en el jardín la arquitectura balbuciente y joven de los tiempos de gesta y los esplendores que han dado en llamarse *decadencias*, desde el bosque sagrado al humilde jardín en el claustro humilde, y desde el pensil real al discreto pedazo verde de la casa obrera, pudiendo ser todos, y debiendo serlo, acabadas obras de arte.

También hay en el jardín la arquitectura industrial, la que sólo persigue fines industriales, y que, por eso, nada superfluo quiere. En esta *industria*, que se ha denominado *agricultura*, la arquitectura fabril es el huerto, la era, el barbecho...; cuanto en ella hay es natural, plegado al clima y al suelo, sencillo y verdadero; en arquitectura natural, la arquitectura popular coincide con la industrial, así como el arado moderno continúa el romano.

Al trazar el jardín, es lo primero sentir con perspicacia el ambiente para elegir el lugar donde haya de asentarse, y después emplear sólo especies que naturalmente puedan vivir en ese suelo. ¿Permitiría la Naturaleza una desobediencia? Ciertamente que hay también el *Jardín Botánico*, en que todas las especies viven juntas; pero eso no es arquitectura, sino más bien como un bazar de ropas hechas.



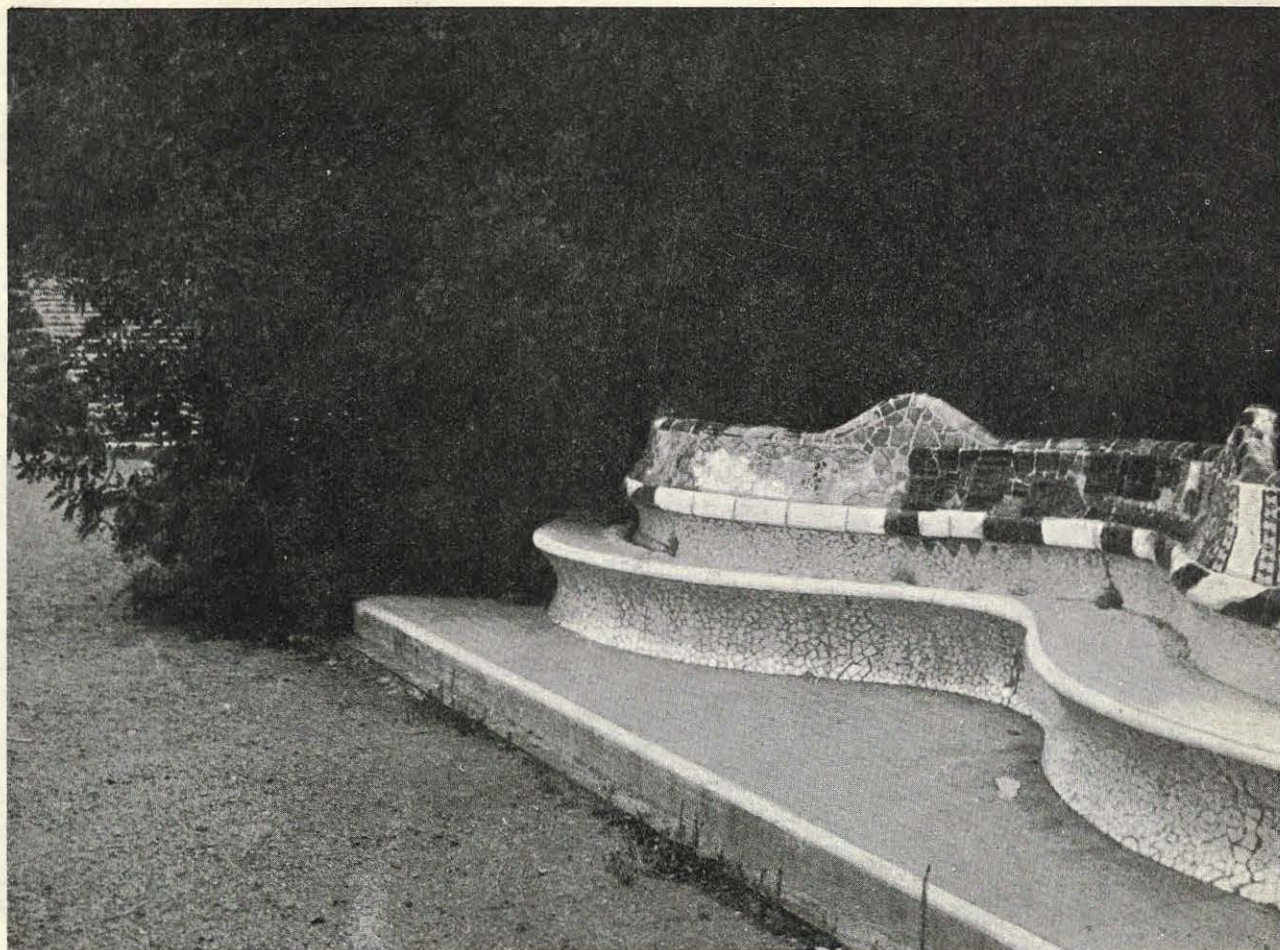
SEVILLA. — JARDINES DEL ALCÁZAR.

Fot. Colás.

En el jardín, las plantaciones de vida forzada, productos de estufa o de otro medio artificial, además de tener una vida efímera, desentonan siempre, por su forma, su color y su calidad, con cuanto las rodea.

El manejo y disposición de los colores en el jardín es delicada y sutil empresa. La gama de verdes, desde el claro al rojizo, es algo así como los fondos en tapicería, y sobre ella las flores, con su vibrar brillante, se destacan con la gallardía del clarín en la penumbra de la orquesta; la luz se rompe en ellas en mil reflejos y parece residir en su interior, y por eso su empleo obedece a normas semejantes al de las taraceas de los mosaicos o de los cristales en vidriería. En el sol los rojos y amarillos adquieren su máximo valor, en la penumbra los carmines y violetas, y en las umbrías los blancos y, sobre todo, los azules vibran con sin igual luz delicada.

Dícese que hay varias escuelas de trazados, la pintoresca y la geométrica, y hasta la clásica y la romántica. Pero en este arte, como en todos, no hay escuela que tenga autoridad alguna para imponer al artista norma cualquiera. Ciertamente que es muy difícil conseguir una impresión (huella) humana en el jardín si no es por medio de la Geometría. Pero esta impresión épo-



BARCELONA. — BANCO-BARANDILLA EN EL PARQUE GÜELL. — ARQUITECTO: ANTONIO GAUDÍ.

Fot. Colás.

drá ser necesaria? En este sentido *geométrico* puede llegarse a lo más, a los mayores radicalismos (?) a lo expresionista, sin menoscabar belleza al jardín, y en el estilo *pintoresco* tampoco hay limitación.

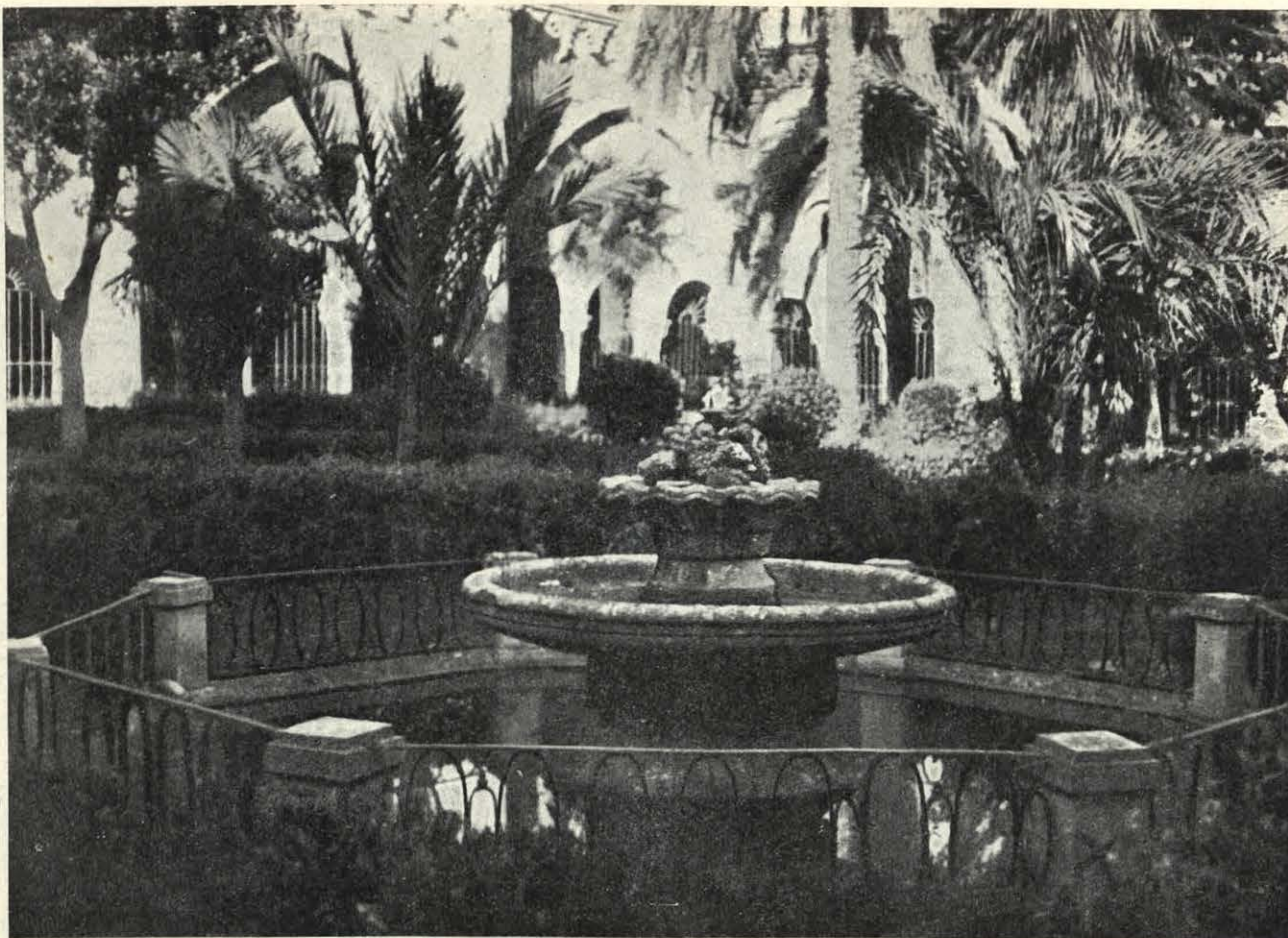
Las edificaciones son, a veces, necesarias en el jardín, en el cual, por ser más humano que la arquitectura natural de arte mayor, los edificios pueden expresar sus armonías con esas formas de artefacto, abstractas y habituales, que comúnmente se llaman *arquitectura*. Y esta *arquitectura* puede matizar de tal modo el jardín, que le imponga su carácter: una *arquitectura* audaz da a todo el jardín un perfil audaz. Y lo mismo que *el carácter*, la arquitectura puede imponer *el estilo*, y aun *la moda*, que es en el estilo el matiz de la variación tenue que indica vitalidad.

El elemento arquitectónico con que el jardín

se compone, *elemento natural*, es el más noble que el hombre puede ordenar; mas si al lado del *elemento natural* de composición consideramos uno cualquiera de los de la colección de frases hechas que constituye hoy la *arquitectura de artefacto*, nos es difícil contener una sonrisa; pero conviene no parar mientes en ella y callar cómo en lo más hondo de toda empresa humana no hay sino humorismo.

Después de dibujada su idea en el papel, el arquitecto espera con impaciencia el momento de *realizar* en el natural. El natural dice siempre con su idioma, rudo y franco, las equivocaciones y los aciertos, y es, en suma, *la obra*.

En los proyectos de jardines, el paisajista, por lo general, construye en *futuro*. Su imaginación concibe las formas completas, desarrolladas en su más amplio crecimiento y sirviendo a su propósito estético totalmente; pero, al



TARRAGONA. — EL JARDÍN DE LA CATEDRAL.

Fot. Colás.

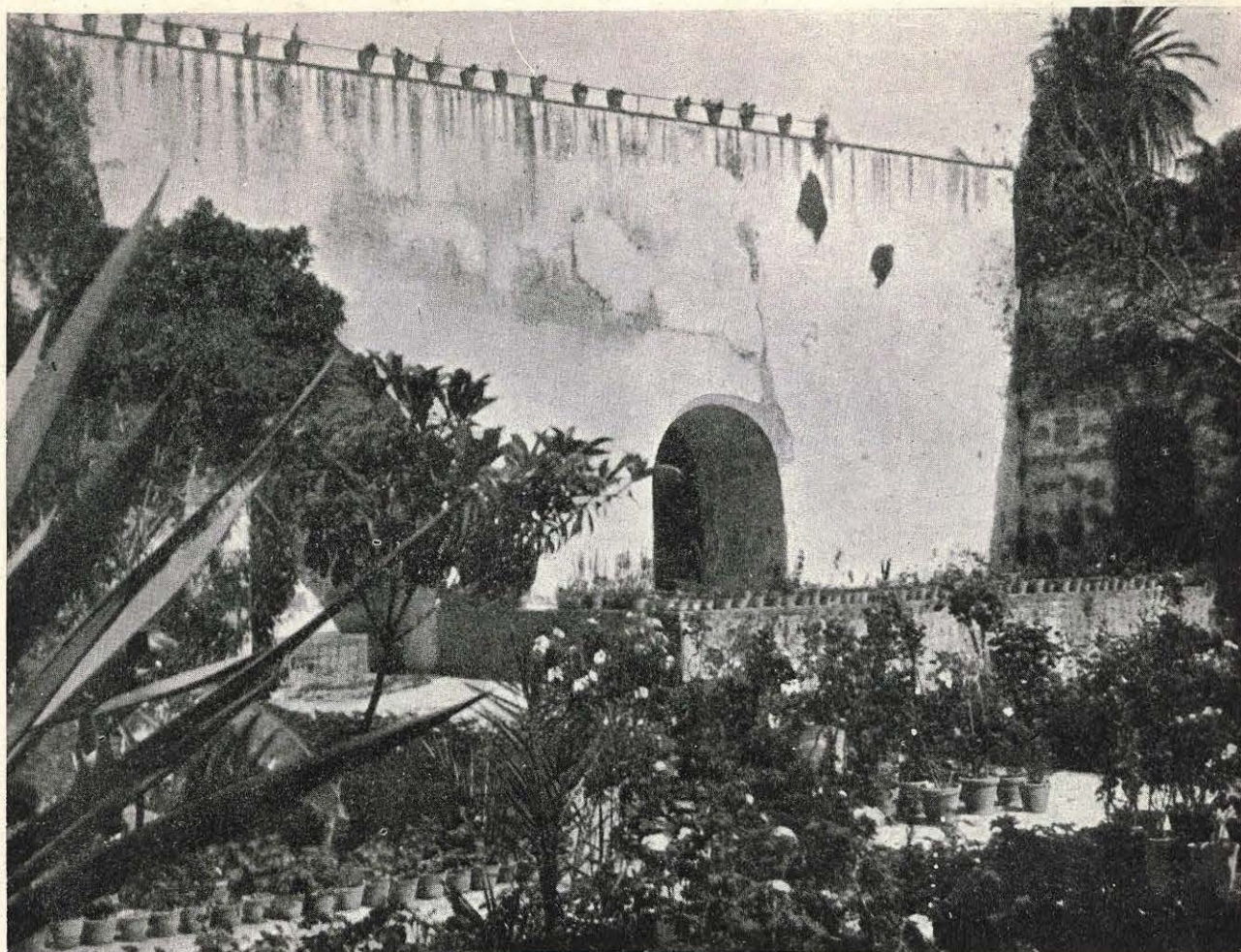
realizar, en las plantaciones y los trazados, todo es humilde, todo es menudo, pueril; el arquitecto ha de replantear su obra con serenidad y paciencia, pensando que acaso nunca verá aquello que imaginó y cuyas primicias dirige. En las especies de crecimiento lento hay como una sosegada prestancia que es difícil conseguir con otras de crecimiento rápido, aunque estas últimas puedan dar al arquitecto un valor aproximado de forma sin nobleza en el material, y que son, en la arquitectura de jardines, *la escayola vegetal*, de la cual, como de la otra, el arquitecto no puede librarse siempre.

Y si en el trazado, mínima parte de la arquitectura del jardín, no ha de ver el arquitecto su idea realizada, ¿qué decir de los cambiantes colores que las horas y las estaciones irán trayendo? ¿Qué de los perfumes de las flores que aun no nacieron? Y, finalmente, ¿qué de todo

aquello no dibujable, que es el alma del jardín y que se irá completando día por día?

En el jardín el hombre guía a la Naturaleza, pero ésta le completa; por eso es imposible pervertir en el jardín como un señorial empaque, que acaso apunta más allá donde el jardinero no alcanzó con su previsión hábil. Y así ha de ser, pues que la obra se compone no sólo con aquellos elementos de forma que han hecho, impropriamente, llamar a este arte *aquitectura verde*, sino con la atmósfera, el sol, la noche, la lluvia, el viento... Trabaja el arquitecto, en el jardín, como los héroes de los antiguos poemas, en que los dioses, apasionados en las luchas humanas, prestaban ayuda a sus paladines para salir airosos de las situaciones aciagas; y así, en el jardín rima el arte humano con el suprahumano en delicada grandiosa mixtura.

En arquitectura hay, como en toda cosa, lo exterior y lo subjetivo, *la épica y la lírica*. Hay



SEVILLA. — JARDINES DEL ALCÁZAR.

Fot. Colás.

la arquitectura de narración, arquitectura aparatosa y expresiva, especial para multitudes amorfas, arquitectura de edificio público, y también la que busca el espectador selecto y, en él, lo más selecto de su ser donde encuentra un oído para su apagada armonía. En el jardín no hay sino arquitectura *lírica*.

No es posible suponer que el espeso pueblo endomingado que llena los parques modernos de nuestras ciudades sea capaz de sentir la *lírica* del jardín. La multitud, en el caso más favorable, puede percibir hasta el bello trazado del jardín, su vario color, su característica perspectiva y, finalmente, hasta toda su plástica externa. Pero su total emoción únicamente se revela al individuo, al *yo*; para él es el jardín rendido completamente, así en aquello que es recreo de los ojos, dinámicas y matizadas formas, como en las fragantes vaharadas

que son su aliento, como en las notas claras de la fuente sobre la acequia, como, en fin, en todos los demás primores con que el jardín va engalanando las horas. ¡Qué imposible, para el arquitecto, con su *arquitectura de piedra*, suscitar emoción parecida!

La potencia arquitectónica del jardín no actúa, pues, simplemente sobre los sentidos que suelen conmover, habitualmente, las artes plásticas, actúa sobre todos ellos; y sobre el espectador, de un modo *lírico* íntimo, directo y recatado, por eso le requiere para sí, celosamente.

«Jardines—dice Pérez de Ayala—.
¡Dijéranse estados del alma!
El estanque en arroyo es ojo casto,
y de firmamento está hambriento...»

ENRIQUE COLÁS HONTÁN,
Arquitecto.

Madrid, 1926.